



KRISTEN LOESCH

LA MUÑECA DE PORCELANA

El pasado no puede seguir enterrado



ESPASA

KRISTEN LOESCH

LA MUÑECA DE PORCELANA

Traducción de Alejandra Vega



Título original: *The Porcelain Doll*

© Kristen Loesch, 2022

© por la traducción, Alejandra Vega, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-670-7002-6

Depósito legal: B. 6.288-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

ROSIE

LONDRES, JUNIO DE 1991

El hombre al que he venido a ver tiene casi un siglo de edad. Canoso y enjuto, solo conserva una pizca de su estilo juvenil de estrella de cine. Se sienta solo en el escenario, tamborileando con los dedos en las rodillas. Echa la cabeza hacia atrás mientras analiza al público, a los que han llegado tarde y ahora están parados con torpeza en los pasillos, con sonrisas avergonzadas. A la joven pareja que ha traído a sus hijos: una bebé que balancea las piernas de delante atrás y un niño más grande, de cara seria e inmóvil. A mí.

Normalmente, cuando dos extraños hacen contacto visual en medio de una sala llena de gente, uno de ellos, o ambos, desviarán la mirada; pero ni él ni yo lo hacemos.

Esta noche Alexei Ivanov hará una lectura de sus memorias, ese libro delgado y de forro rojo que espera en una mesa junto a su silla. Lo he leído tantas veces que podría recitarlo con él: «La ladera se inclina más allá de la vista y las voces se apagan... Somos como náufragos a la deriva, aferrados al único resto que flota del naufragio, dejando atrás todo lo que nos conectaba con la humanidad...».

Alexei se pone de pie.

—Gracias a todos por venir —dice con un acento curioso—. Voy a empezar.

El último bolchevique es un recuento del tiempo que pasó en el canal Mar Blanco-Báltico de Stalin. Está narrado como cuentos para que los lectores no se queden sin aliento al leerlo. Esta noche Alexei ha elegido la historia de la expedición de un grupo de obreros a través de un paisaje agreste, gélido y lúgubre para construir un camino que nadie usaría jamás. Los hoyos que cavaron los prisioneros eran para ellos mismos. Serían su única tumba...

Tengo las manos sudadas y me pesan, y los dedos de los pies comienzan a entumecérsese dentro de las botas. El hombre de mediana edad sentado junto a mí se aprieta el abrigo contra el cuerpo, mientras que, justo enfrente, la niña pequeña ha dejado de balancear las piernas y está tan erguida como su hermano mayor.

En un auditorio lleno Alexei Ivanov ha asfixiado cualquier sonido.

Termina el cuento y cierra el libro.

—Voy a responder preguntas —dice.

Se oyen, tenuemente, pies que se arrastran, alguien tose y un bebé comienza a quejarse. La madre lo calma enseguida. Alexei está a punto de ponerse cómodo en su silla cuando el hombre sentado junto a mí levanta la mano.

Alexei dibuja una amplia sonrisa y le hace un gesto al hombre.

—Adelante.

—Mi pregunta es un poco personal —dice mi vecino con un marcado acento escocés. Se remueve en su asiento—. Espero que no le moleste...

—Adelante, por favor.

—Usted le dedicó este libro a alguien a quien solo llama «Kukolka». ¿Puede contarnos quién es esta persona?

La sonrisa de Alexei Ivanov se le resbala de la cara. Sin ella ya no parece el famoso escritor disidente, el aclamado historiador; tan solo es un viejo encorvado por el peso de nueve décadas de vida. Echa de nuevo un vistazo al público mientras el bebé, en algún lugar del auditorio, vuelve a llorar.

Durante medio segundo la mirada de Alexei aterriza de nuevo en mí, después mira a otro lado y empieza a hablar.

—Ese es un nombre que nunca digo en voz alta —explica—. Y si lo hiciera, lo gritaría.

Salgo de mi fila y me acerco al escenario. El auditorio comienza a vaciarse, pero Alexei sigue estrechando manos, charlando con los organizadores. He leído todas sus obras, casi siempre encorvada en una de las salas de lectura de la Bodleiana, y este es el mismo efecto que en esas horas enmohecidas leyendo: silencio puro. No importa cuán humano parezca, Alexei Ivanov se ha vuelto una figura casi mítica para mí. Una leyenda.

—Hola —dice volviéndose hacia mí. Su sonrisa es como la luz de una antorcha.

—He disfrutado mucho de su lectura, señor Ivanov —digo encontrando mi voz. Quizá *disfrutar* no sea la palabra más adecuada, pero él asiente—. Su historia es inspiradora.

Esto era lo que había planeado decirle, pero es solo al hacerlo cuando me doy cuenta de lo cierto que es.

—Gracias —responde.

—Mi nombre es Rosemary White. Rosie. Vi su anun-

cio en Oxford. Estoy haciendo allí el doctorado. —Toso—. ¿Busca un asistente de investigación para el verano?

—Pues sí —dice con amabilidad—. Alguien que pueda acompañarme a Moscú.

Relajo la mano con la que sujeto mi bolsa.

—Si la vacante sigue abierta, estoy interesada en postularme.

—Claro que lo está.

—No tengo mucha experiencia en su campo, pero hablo ruso e inglés con fluidez.

—Voy a estar en Oxford el jueves —dice—. ¿Por qué no nos vemos? Me gustaría contarte más sobre el puesto.

—Por supuesto, gracias. Pero es que me voy mañana a Yorkshire a visitar a la abuela de mi prometido. Vive sola. La visitamos una vez al mes. —No sé por qué le suelto toda esta información—. Vuelvo el fin de semana.

—Entonces nos vemos el fin de semana —contesta.

Su voz es suave. Todo a nuestro alrededor es gente hablando, de charla, un murmullo placentero, pero hay algo en los ojos de Alexei que hace que de pronto sienta el impulso de prepararme para un vendaval cortante. Tal vez es por el fragmento que acaba de leer, los detalles del mar Blanco, esos caminos estériles, aquellos inviernos largos; todavía está muy fresco en mi cabeza. Tal vez sea lo único que puede ver la gente cuando mira a Alexei.

Para cuando vuelvo al apartamento de mi madre ya ha pasado su hora de acostarse, pero hay un ruido proveniente de su cuarto: un quejido largo.

Toco a su puerta.

—Mamá, ¿estás despierta?

Otro sonido medio asfixiado.

Empujo la puerta para abrirla. El cuarto de mamá está sucio y lúgubre, y ella combina con él a la perfección. Sin bañar, inmóvil, sentada en la cama, con la espalda encorvada descansando en sus almohadas, desprende a oleadas un olor dulzón a vodka. Vengo a visitarla por lo menos una vez al mes, me quedo con ella una noche o dos aquí en Londres. Últimamente la he estado visitando con más frecuencia, pero el único cambio que he notado es que parece reconocermé menos. Mamá no dejó de beber ni siquiera después de que los doctores le dijeran que su hígado iba a fallar, ni cuando empezó a fallar, ni cuando falló por completo. Ahora mismo está borracha.

—Estaba en una lectura —digo—. ¿Me has estado esperando despierta?

Sus ojos icterícos escanean el cuarto antes de encontrarme justo frente a ella.

—Bueno, buenas noches. —Acomodo sobre su mesita de noche las cajas en las que están organizadas sus medicinas de cada día y me limpio las manos en los pantalones—. ¿Quieres que te despierte por la mañana? —Hago una pausa—. Me voy muy temprano a York, ¿te acuerdas?

A mamá se le encienden las mejillas y se aferra a sus sábanas buscando apoyo. Quiere que me acerque a ella. Me siento con cuidado a los pies de la cama.

—Raisa —murmura.

«Raisa.» Mi verdadero nombre. Ahora lo siento como si fuera un objeto, algo físico, que dejé en Rusia, junto con mi ropa, mis libros y todo lo demás que me convertía en quien era. Mi madre es la única que me llama así.

Cuando ella muera este nombre se irá con ella.

—Sé lo que estás planeando. —Su respiración es pausada.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, sí lo sabes. —Su mirada se encuentra con la mía, pero no puede mantenerla—. Has estado tratando de ir a Moscú.

—¿Cómo...?

—Te he oído hablando por teléfono con la embajada. ¿Por qué siguen negándote la entrada? ¿Es por lo que estudias? —Intenta reírse—. Espero que nunca te dejen entrar.

—Es por cómo la pifiaste con el papeleo cuando llegamos aquí —respondo enfadada—. Siempre he querido volver, aunque solo sea una vez, para ver la ciudad de nuevo. He pensado que lo mejor es ir antes de que me case con Richard. Pasar página.

—Mientes, Raisochka. Vas a buscar a ese hombre.

Debe de estar más borracha que nunca, ya que ha mencionado a «ese hombre». Hace catorce años, mientras nuestro Aeroflot destartado despegaba hacia un horizonte rojizo con destino a Londres, me atreví a preguntarle por él. Mamá solo miró hacia delante. Esa fue su respuesta: ese hombre no existía, lo soñé, debí de haberlo soñado todo.

—Si te vas ahora, yo no estaré aquí cuando regreses —dice.

—Mamá, por favor, no digas eso. Si tan solo nos dejaras...

—Si tan solo lo dejara a él, querrás decir. Él con su montón de dinero. Se cree mejor que yo.

—¿Qué? ¿Estás hablando de Richard? Richard no cree que...

—Las muñecas. —Sus pupilas se dilatan—. ¿Se puede saber qué piensas hacer con mis muñecas cuando yo me muera?

Abro la boca y la cierro enseguida. Sin duda es el vod-

ka el que habla ahora. ¿Las muñecas? Jamás he pensado qué haré con sus viejas muñecas de porcelana blanca. Son como un ejército de muertos vivientes, con las caras tiesas y los ojos ciegos. Por suerte están guardadas en un estante en la sala; de lo contrario, y para mi terror, habrían sido testigos de esta conversación.

A menudo, después de unos tragos, mamá se sienta a hablar con las muñecas.

—No lo sé —respondo, pero ya se ha quedado dormida.

A las ocho y media de la mañana mamá sigue durmiendo. Su cara está llena de sudor, pero se la ve tan relajada y descansada que parece como si se hubiera muerto durmiendo. Toco su muñeca para tomarle el pulso, apenas perceptible, y luego me acerco a su mesita de noche para arreglar sus cajas de pastillas —siempre las tira mientras revuelve la mesa buscando cosas—, pero la superficie está limpia. No hay cajas para pastillas. Tampoco hay recibos arrugados ni botellas. Todo lo que hay es una libreta encuadernada en piel.

Está abierta en una página tan amarillenta como mi madre.

Siento una descarga de nervios mientras me inclino sobre la mesa. La cursiva del cirílico es un garabato apretado e indescifrable. La letra manuscrita no se parece en nada a las letras de molde que aparecen en los libros rusos o en los letreros en la calle. No obstante, logro comprender los primeros renglones:

Una nota para el lector:

Estas historias no deben leerse en orden.

—¿Raisa?

—Mamá —respondo con sobresalto—. Solo le estaba echando un vistazo... ¿Qué es esto? ¿Escribiste tus historias?

Trata de agarrarme y tomo su mano.

—Esto... —Algo, quizá la bilis de su hígado, está muy arriba en la garganta de mi madre y le entrecorta la voz—. Esto... es para ti, Raisochka. Llévatelo. Léelo, por favor. Prométemelo.

—Te lo prometo. Déjame que te traiga algo de agua, mamá. —Trato de alejarme, pero ahora es ella quien me agarra de la mano. Me noto la palma pegajosa contra su piel.

—Lo... siento...

Yo también quiero decirle que lo siento. Siento ser yo la que terminó aquí con ella. Siento que no haya sido capaz de dejarme, porque si lo hubiera hecho quizá también habría podido olvidar a ese hombre. Pero tengo mucha experiencia no diciendo las cosas en voz alta. Lo aprendí de mi propia madre. No puedo desaproperarlo a estas alturas. Todo lo que ha quedado sin decir pende del aire entre nosotras, denso como el olor a descomposición que emana de la pequeña y extraña libreta.

O quizá de lo que queda de mi madre.

—Prométemelo —dice de nuevo.

—Te lo prometo.

—Te quiero, sol mío. —Sus ojos se cierran como una rendija—. Tengo sueño...

—¿Mamá...?

Me suelta la mano y se queda murmurando sola.

Mientras el tren arranca de la estación de King's Cross apoyo la cabeza en la ventanilla. Richard ya está en York. Será un buen trayecto hasta donde vive su abuela: una casa de campo que se encuentra, o más bien flota, en la nada de los páramos del norte. Es donde Richard y yo nos casaremos en otoño. Mamá jamás ha estado allí, pero le va a encantar cómo el paisaje parece agresivo y escarpado un día, y encantador y ventoso al día siguiente. Justo como los paisajes de sus historias.

Llevo su cuaderno en la bolsa. Voy a cumplir mi promesa, aunque siempre he odiado sus historias, que son lo único que, cuando ella bebe, en lugar de difuminarse se vuelve más vívido. Pequeñas y extrañas viñetas, cuentos de hadas en miniatura que a menudo tienen un tono de pesadilla. Todas comienzan con una versión de su arranque favorito: «Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano». No es coincidencia, mi madre misma está casi siempre en un lugar muy lejano y de hace mucho tiempo.

Mientras Charlotte nos muestra el espacio en el que estarán los músicos y nos pide que no nos acerquemos a su jardín de rosas, pasa una ráfaga de aire helado como un tenue y veloz resoplido; me estremezco y la abuela de Richard me mira con una sonrisa igual de helada que el viento.

—¿No te parece bien? —pregunta.

—No, no... Ha quedado muy bonito.

Richard se quita el abrigo y me lo pone sobre los hombros. Nos acercamos a la casa por detrás. El perro de Charlotte, de un tipo de terrier que me llega a los tobillos, está ladrando junto a la puerta y saltando de arriba abajo como si fuera un juguete mecánico. Los labios de

Charlotte están apretados. Por lo general su perro está sobre los cojines de la sala, olfateando la bandeja de sus premios. No es la clase de perro que sale a propósito. No es la clase de perro al que la mayoría de la gente llamaría «perro».

—¿Le has dado café a escondidas? —le pregunto bromeando a Richard—. O tal vez algo de...

Ajo.

El aire está impregnado de olor a ajo, quizá la ráfaga de viento lo haya traído de más lejos. Por un segundo me preocupa que venga de mí, pues me he pasado toda la semana en casa de mi madre y ella le pone ajo a todo lo que se toma. Quizá hasta a sus tragos. Cuando era adolescente, me gustaba hacerle comentarios sarcásticos: «¿Hubo escasez de ajo o algo cuando eras niña?». Y ella se reía como si yo estuviera haciéndome la graciosa y no como si la hubiera hecho enfadar.

No estaba haciéndome la graciosa.

—Ro, ¿estás bien? —pregunta Richard.

—¿Son las rosas? —indaga Charlotte—. Su aroma está en su punto.

—Creo que solo tengo frío.

El perro sigue aullando y ahora parece trastornado.

—No tengo ni idea de qué le pasa. —Charlotte toca con una mano el broche de su solapa—. ¿Podrías asomarte al frente, Richie? Quizá viene alguien.

Me encojo dentro del abrigo de Richard. Ya hay alguien allí, justo en la entrada trasera. Una visita que ha despertado al perro rata de su siesta matutina; alguien que nos ha estado observando mientras deambulábamos por el jardín de Charlotte. Una visita que a menudo está también en Oxford.

Zoya.

Richard se aleja. El perro se calma, parece satisfecho de que su escándalo haya logrado transmitir su mensaje.

—Hoy te noto algo rara, Rosie —dice Charlotte—. No pareces tú. —Hace un breve chasquido que suena como «tch».

Ese sonido encierra todo lo que ella piensa de mí en una sola sílaba. No sé si alguna vez se había imaginado que su nieto favorito terminaría con alguien como yo, pero seguro que sabe que podría haber sido peor. «Tch, tch.»

Me toca otro «tch» por no responderle de inmediato. Trato de sonreírle, pero ella no intenta devolverme la sonrisa. ¿Qué es lo que quiere?, ¿una disculpa por no actuar como siempre? ¿Qué Rosie es ella misma?, ¿la Rosie que no siempre se ha llamado Rosie? A veces hay pequeños detalles en Charlotte que me hacen preguntarme si sospecha que mi historia esconde algo malo. Pero es ella la que decidió recluirse en su viudez para cultivar rosas lejos de todas las personas que conocía de su vida de casada. Quizá su historia también oculte algo malo.

—Es mi madre. Está... está mal —respondo. Charlotte toma aire.

—Claro. Me lo ha contado Richard. Qué cosa tan terrible y difícil para tu familia. ¿Tu madre es religiosa?

—Tiene sus... sus creencias —contesto—. Cree en el alma.

Alguna vez mamá estuvo decidida a hacer que Zoya y yo también creyéramos en el alma. Trató de convencernos hasta la saciedad, noche tras noche, sentada junto a nuestra cama, mientras alisaba con las manos su camisón favorito, la única prenda que viste hoy en día. Algunos de sus argumentos a favor del alma venían en forma de rígidas lecciones morales. Otros eran retazos de su-

persticiones macabras que bien habrían podido circular en el recreo de alguna escuela.

No se creía ninguna de ellas.

Ahora el perro guarda un silencio sepulcral.

—No era nadie —nos informa Richard mientras se acerca a nosotras—. ¿Entramos?

Charlotte se dobla con una flexibilidad impresionante y recoge a su mascota. La cola del perro golpea como un metrónomo su brazo. Antes de seguirlos el olor a ajo me asalta de nuevo, ahora mezclado con vodka. Una combinación potente.

La peculiar combinación que emite mamá como si fuera radiactividad.

El desayuno se me revuelve en el estómago y amenaza con subir. Según las creencias de mamá hay una regla de oro: después de morir, el alma debe visitar todos los lugares en los que la persona, cuando estaba viva, pecó.

¿Acaso Zoya no pecó en ningún otro sitio que no fuera justo a mi lado?

Más tarde, de noche, el vecino de mamá llama desde Londres. Mamá ha muerto. Dice que le ha llevado la compra como siempre y se la ha encontrado así. Quiero pedirle que lo revise de nuevo porque mamá lleva algunos años pareciendo muerta, pero no lo hago. Me arrastro hasta la cama y pienso en esta pequeña casa tapizada de hiedra y en el páramo que la rodea, silvestre y vacío, extendiéndose en todas las direcciones, sin inicio ni fin, sin dueño.

Un páramo, un desierto, un naufragio.

Al volver a Londres no hay funeral, no hay más ceremonia que la cremación. Mamá no tenía amigos. No co-

nocía a nadie excepto a personas a las que pagaba. Me llevo sus cenizas en una urna estándar y rechazo la oferta que me hace Richard de quedarse para ayudarme.

Le digo que solo me quedaré un día más porque tengo que estar en Oxford el fin de semana.

Trato de ordenar su apartamento. Empiezo por la cocina, por sus tarros horribles llenos de encurtidos caseiros, los cuales, por cierto, jamás vi que tocara. Intento continuar con el salón, pero los ojos de cristal de sus muñecas me siguen mientras me muevo, como si esperaran a que les diera la espalda..., así que decido que ya me encargaré de ellas la próxima vez y abro todas las ventanas para que el aire estancado con olor a vodka se disipe. Para que el alma de mamá se pueda ir.

No tengo ni idea de qué hacer con sus restos. ¿Debería guardar la urna en algún lugar? ¿Debería dejarla a la vista?

Si fuera a esparcir sus cenizas, tendría que ser fuera del escenario del Bolshói, sobre la cabeza de los músicos, mientras los aplausos suenan en cada palco. Mamá era parte del cuerpo de baile —antes de casarse, antes de que llegáramos mi hermana y yo a acabar con cualquier posibilidad de que la ascendieran a solista— y siempre debió de esperar que la muerte la encontraría en el escenario, a mitad de un plié. Zoya y yo la molestábamos cuando practicaba por la mañana. Tropezábamos con nosotras mismas tratando de hacer *en pointe* a su lado.

Katerina Bailarina.

Más tarde voy a ver a su abogado. Tiene una oficina elegante y una sonrisa compasiva. Me dice que mamá me dejó el apartamento. Ahora es mío. «No puede ser», le respondo tratando de hacerlo entrar en razón. Richard

y yo hemos estado pagando el alquiler de ese apartamento. Le mandamos un cheque cada tres meses.

Me imagino un montón de cheques guardados, encurtiéndose en tarros.

Su abogado se compadece de mí. Puedo notar lo en su voz. Su acento es refinado, como el de Richard, un acento que podría lijar cristal. Dice que me puede enseñar las escrituras. Katherine White: propietaria. Ah, allí está el error, pienso por un segundo, se está equivocando de persona. El nombre de mi madre no era Katherine White. Se llamaba Yekaterina Simonova. «Katerina Bailarina.»

Richard está de pie bajo la lluvia sin paraguas, con su bufanda enrollada al cuello y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Me bajo del autobús y miro de reojo el cielo oscuro, nublado y plano que se extiende sobre Oxford. Una gota de lluvia cae sobre mis pestañas. Me solía preguntar si mamá había elegido Inglaterra por su grisura. Porque quizá no quería que estuviera a la altura de su vida anterior.

Richard me besa en la boca con suavidad.

—Has vuelto rápido.

—No podía soportar estar un segundo más allí —digo—. Ya arreglaré el resto más adelante.

—¿Quieres ir a por algo de comer?

Dentro del restaurante de dudosa calidad que hay en la esquina me quito las capas de ropa mojada y tiemblo. Richard me presta su bufanda, que huele a él y a lana y a ceniza y a jerez.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta cuando llega la comida.

—Estoy bien. De verdad. —Apuñalo con el tenedor

una montaña de guisantes pastosos. La madre de Richard murió con delicadeza hace cinco años, mientras tomaba el té en Fortnum & Mason, víctima de un aneurisma. Casi me cuesta trabajo no sentir celos al pensar que mamá se fue deteriorando durante casi una década.

A veces parecía que viviría así para siempre.

—¿Alguna novedad por aquí? —pregunto con la boca medio llena.

—No mucho. Papá llamó ayer. Preguntó si ya he terminado —responde. Al padre de Richard le parece gracioso que su hijo esté haciendo un doctorado en Literatura Clásica, como si Richard tuviera que sacar eso de su sistema antes de convertirse en un vendedor o lo que sea que hagan normalmente los hombres en su familia—. Sigue enfadado porque Henry y Olivia han roto —añade refiriéndose a su hermano mayor y a la novia con quien llevaba mucho tiempo, si no toda la vida—. No le dije que Henry me contó que está planeando dejar el trabajo y viajar por Europa en verano.

—Por cierto, acerca del verano —trago con fuerza—, estoy pensando en postularme para un proyecto a corto plazo en Moscú.

Sus cejas se elevan.

—Sé que querías pasar tiempo allí, pero ¿estás segura? ¿Ya has hablado con Windle?

—Ya sabes cómo es. Me pondré al corriente cuando vuelva. No le va a importar.

—Ojalá a mi supervisor no le importara.

—Es lo mejor del mundo.

Richard se ríe.

—Pero ¿vas a estar de vuelta a tiempo para nuestra boda? —pregunta medio en broma.

No suena desanimado todavía, pero es raro que Ri-

chard se desanime. Su temple y constancia y que fuera amante de las rutinas es lo que me hizo quererlo cuando lo conocí. En el mundo de Richard la gente muere con elegancia de aneurismas invisibles. Nadie se autodestruye. En el mundo de Richard supone un shock que tu amor de la infancia no sea el amor de tu vida.

—No seas tonto.

Los guisantes saben a hule. Quizá, de algún modo, intuía que mamá no iría a nuestra boda cuando pusimos la fecha. Tal vez la puse a propósito fuera de su alcance, pensando en que llegaría tarde con la cara roja como una cereza, que empezaría a roncar durante la ceremonia con las piernas y los brazos sobre las sillas de otros invitados y el cuerpo desplomado sobre su propia silla como si fuera un trapo de cocina.

Que iría con su camisón.

—Sea como sea, necesito ir a Moscú —agrego—. Ya sabes, para contarles a la familia y a los amigos lo de mamá. —No se me ocurre qué suele hacer la gente cuando alguien muere. Pero la gente suele tener a otra gente.

Clavo más guisantes en mi tenedor.

—¿Dónde es el puesto? —pregunta Richard—. Hay una universidad famosa en Moscú, ¿no? ¿Cómo se llama...?

—Lomonosov. Bueno, solo es una idea.

Richard baja la mirada hacia su plato, donde está lo que en una vida pasada tal vez fuera una tarta de corde-ro. Me doy cuenta de que está tratando de dispersar la comida en el borde del plato. Arrastra un pedazo de tarta y se aclara la garganta.

—¿Y si te acompaño?

—Apenas has empezado a escribir. —Los guisantes pesan como plomo en mi estómago—. Estás muy ocupado. Y tal vez..., no sé. Necesito estar lejos un tiempo.

—¿Solo es eso?

—Solo es eso.

Si Richard puede aguantar unos meses más, entonces ya no tendremos que volver a hablar de mamá o de Rusia. Será algo que añadiré en silencio a mis votos matrimoniales: «Para amarte y respetarte. Para ser Rosie y nunca jamás Raisa».

—Bueno. Te voy a extrañar. —Tal vez se siente culpable, pero añade—: Lo entiendo. Durante mucho tiempo solo fuisteis Kate y tú, solas las dos.

Solas las dos. Tiene razón. ¿Por qué entonces me siento como si hubiera perdido a toda mi familia en una sola noche en Moscú? ¿Como si allí también se hubiera derramado la sangre de mamá sobre el suelo del salón? O si no su sangre, sí su espíritu, porque nunca volvió a practicar ballet después de que dejáramos la Rusia soviética. De que desertáramos, podrían decir. Pero no desertamos. Huimos.

El repiqueteo de las campanas de la torre de una capilla cercana produce un ruido fantasmal. En Oxford las campanas han tocado durante siglos. A menudo mis noches me parecen así de largas.

A mi lado Richard se mueve, pero yo me quedo quieta. Hace años que soy insomne y, a veces, es en estas ocasiones cuando me siento más despierta que nunca. Mi padre lo habría entendido. Solía trabajar hasta bien entrada la noche, anotando papeles, resolviendo ejercicios. Mamá culpaba a su lado matemático. Decía: «No es bueno que los números ronden por la cabeza de una persona, porque los números nunca se acaban».

Pero si son números lo que me mantiene despierta a mí, no son muchos.

Uno, dos.

Esta noche pienso en Alexei Ivanov, a quien veré mañana, y en lo mucho que él y yo tenemos en común. *El último bolchevique* se publicó en Europa a finales de los setenta e inmediatamente fue prohibido en Rusia, y se vio obligado a irse por su propia seguridad. Pero con Mijaíl Gorbachov han cambiado muchas cosas en la URSS desde 1985. Parece que se acabó la época de la represión política. Las memorias de Alexei se publicaron allí oficialmente el año pasado. El gobierno soviético lo buscó e incluso le ofreció de nuevo la ciudadanía.

Podría decirle: «Mira, fíjate cómo algo tiene que acabarse para que yo también pueda regresar».

En mi caso, fue mamá.

Richard levanta la cabeza de la almohada, parpadea medio dormido. Está acostumbrado a esto, a verme muy despierta, como un búho en la oscuridad. Antes de que pueda decirle cualquier cosa, me besa en la mejilla con suavidad. El tacto de Richard es siempre suave, siempre generoso: «Aquí estás a salvo», es lo que me dice a su modo, y pronto todos los pensamientos sobre mamá y sobre Rusia quedan disueltos entre las sombras.

Más tarde las campanas tañen de nuevo dando la hora. Trato de dormir con la cara sobre la almohada. Richard no estará allí, en Moscú. Solo estarán las sombras.

La cafetería que ha elegido Alexei es acogedora y está a media luz; el lugar atiende principalmente a estudiantes y empleados de la universidad. La atmósfera relajada de este sitio combina bien con él. Parece que todo lo que

hace lo hace con calma, jugando con la etiqueta de su bolsa de té, husmeando con frecuencia a través del cristal de la puerta del local. Deteniéndose y dejando que la conversación se interrumpa.

Cuanto más callado y relajado parece, más estresada me siento, como si quisiera compensar su silencio.

—Me gustaría que me hablara de su nuevo proyecto, señor Ivanov. —Envuelvo la taza con las manos—. Sé que no es mi especialidad, pero aprendo rápido y tengo muchas ganas. He estado haciendo bastantes lecturas preliminares desde el mes pasado.

—¿Por qué? —pregunta.

—¿Perdón?

—Te he buscado. Estás en el primer año del doctorado en el Departamento de Matemáticas —dice—. Tengo entendido que en criptografía. Criptoanálisis. Me hace pensar en Bletchley Park. Qué emocionante. ¿Por qué quieres virar hacia la historia rusa?

Iba a mentir automáticamente, pero creo que lo más seguro es que se dé cuenta. Así que tendré que ser evasiva.

—Nací en Moscú —respondo—. Mi madre acaba de morir. La verdad es que su muerte me ha hecho replantearme muchas cosas. Quiero conocer mi propia cultura y mi historia. De dónde vengo.

Me da varios segundos para que siga con la explicación, pero cuando se da cuenta de que no lo haré, se limita a asentir con la cabeza. Supongo que se ha pasado toda la vida rodeado de gente que no quiere compartir la larga historia de su pasado. Casi siento ganas de preguntarle ciertas cosas: «¿Qué se siente no solo al compartir el pasado sino, encima, publicarlo? ¿Y al responder todas las preguntas que te hagan al respecto?».

—Muy bien. Bueno, para ser franco, creo que me vendría bien una perspectiva diferente —dice Alexei—. Porque esta tarea en particular es muy distinta del trabajo que acostumbro a hacer. Estoy tratando de encontrar a una mujer que conocía. Es eso. Ese es el proyecto. Solo tendremos que ver si dispongo del tiempo suficiente. No tiempo libre —añade con una risita como de autoescarnio—, solo tiempo.

Bajo la mirada hacia mi té, dejo que mis párpados sientan el vapor. Mamá acaba de morir a los cincuenta y tres años. Mi padre murió a los cuarenta y cuatro.

Zoya murió a los quince.

Alexei toma la etiqueta reblandecida de su bolsa de té, levanta la bolsa y luego deja que vuelva a resbalar dentro de la taza.

—Desapareció hace varios años —continúa—. Me gusta pensar que terminó en algún lugar en el campo. A ella le encantaba el campo. Solía decir que quería disfrutar el campo, sumergirse en el campo, ahogarse en el campo... —Se echa hacia atrás en su asiento como si quisiera que sus palabras reverberasen—. Pero hablemos de la logística. Tal vez no estés tan entusiasmada cuando sepas cuánto cobrarás; sin embargo, yo me encargaré del papeleo para el viaje y del hospedaje. En ese sentido no tendrás que mover ni un dedo.

Eso es lo que decía su anuncio y lo que esperaba oír.

—Voy a tener que hacer algunas cosas cuando lleguemos, así que deberás trabajar por tu cuenta. También debes seguir leyendo todo lo que puedas. Necesitas... —hace un gesto casi imperceptible— conocimientos de base. Pero está bien que los jóvenes se expongan a la historia. Solo que debéis tener cuidado.

—¿Tener cuidado? —repito.

Sus ojos azules se quedan clavados en mí.

—No hay respuestas iluminadoras en el pasado. No hay sanación. No hay consuelo. Lo que sea que estemos buscando, no está ahí.

El modo en que dice esto último repiquetea como las campanas de la capilla. «Lo que sea que estemos buscando, no está ahí.»

¿De verdad un historiador puede creer tal cosa?

Me hace pensar en Zoya, en cómo conjuraba el olor a óxido y velas baratas obligándome a recordar mi primer invierno en Inglaterra, en ese sórdido apartamento de paso. Recordar cómo mamá se paraba junto a la ventana, mirando a través de las cortinas, con un pie doblado como si fuera a irse bailando, las velas encendidas sobre cada superficie, como si quisiera que todo el lugar se prendiera en llamas. Yo me sentaba a la mesa, trabajando furiosamente, rodeada de libros, pensando: «Si puedo resolver este problema, si logro encontrar esta solución, todo cobrará sentido».

Pero ¿lo único que quiere Zoya es hacerme recordar?

¿O está hurgando en mis recuerdos pasados y ocultos en busca de algo?

—Ella es a quien mencionaron la otra noche —dice Alexei mientras se cruza de brazos sobre su chaqueta de tweed.

Está hablando de la mujer que espera encontrar. Me masajeo las sienes. Zoya ya no está aquí y no quiero pensar mucho en ella, o podría aparecer.

—Se llamaba Kukolka —dice.

«Muñequita.»

Tomo un sorbo de mi té. Ya está frío.

«Kukolka.» Es un recordatorio desafortunado de las prisioneras de porcelana de mi madre, allá en Londres.

Me alegraría no tener que volver a verlas, pero no solo porque sean siniestras; es porque mamá prefería sus muñecas a la compañía humana. Siempre fue así. De todas las cosas que podríamos haber traído de Rusia —y no pudimos traer muchas cosas— eligió a las muñecas.

Después de que Alexei se haya ido me quedo un rato más en la cafetería acabándome mi té, viendo cómo van y vienen los clientes. A través del cristal puedo ver como la lluvia comienza a manchar el pavimento y se intensifica poco a poco, mientras el toldo del local se agita con el viento como si estuviera poseído. La gente entra corriendo mientras sostiene periódicos empapados y se sacude como un perro. Llueve con frecuencia en Oxford. Parece que nada logra secarse, ni dentro ni fuera. Pero las tormentas como estas no son comunes, suficientemente fuertes como para vaciar las calles. Si tan solo hubiera traído algo de trabajo o algo que hacer...

El cuaderno con las historias de mamá.

Revuelvo mi bolsa para sacarlo. El lomo se dobla con un chirrido. Cuanto más se oscurece el cielo fuera, más brillante parece todo aquí dentro. Pero eso no hace aquel remolino de cursivas más inteligible ni lo vuelve más claro.

«Una nota para el lector...»